



Adelfa Giovanni Rodríguez: Mundo y Logos Poético

Adelfa Giovanni Rodríguez: The World and Poetic Logos

Dionisio D. MÁRQUEZ-ARREAZA

Escuela de Letras. Universidad de Los Andes, Venezuela.

RESUMEN

La visión poética asume el mundo a partir de un acto de creación sensible y estético, resultado de las vivencias imaginarias y contemplativas del modo de ser de cada poeta. Entender esa creación estética y contemplativa del mundo es el objetivo de la poeta con la que dialogamos, intentando adentrarnos en el "mundo subjetivo e intimista" de sus percepciones plásticas, acústicas y pictóricas con las cuales escenifica, a través de las metáforas, la verdad de las vivencias humanas.

Palabras clave: Poesía, Diafragma, Logos, Sensibilidad.

ABSTRACT

Poetic vision envisions the world as an act of sensible and aesthetic creation, resulting from the individual imaginary and contemplative experiences of each poet. To understand this aesthetic contemplative creation of the world, is the objective of the poet with whom we converse, with the intention of entering into this "subjective and intimate" world of her plastic, acoustic and pictorial perceptions which are staged through metaphors, the truths of human realities.

Key words: Poetry, Diaphragm, Logos, Sensibility.

Hablar de poesía no es fácil. Al contrario, puede ser algo muy difícil. Después de llenar mi cabeza con la escritura y las imágenes de esta poeta, y haber meditado sobre nuestro diálogo, he concluido en algo quizás muy simple y natural: ¿de qué nos habla la poesía? ¿Es un tipo de “totalidad”, un cuerpo de ideas momentáneas, casi imperceptibles, que después se pierden en el río de lo cotidiano? ¿Es pura idealidad? ¿Una idea radical que busca expresar su potencia a través de los símbolos con los cuales queremos comprender y hacer que se nos comprenda; es decir, esos símbolos con los que el mundo es representado, creando un camino hacia *algo* muy particular e infinito... *tan dulce como la miel?*

La percepción estética que nos produce la poesía, se da gracias a la idea que tenemos de su *potencia creadora*, que invade abiertamente la visión elemental con la cual abordamos la cotidianidad. Me refiero a las sensaciones de nuestras vidas y a la vida de nuestras ideas, y cómo la poesía nos hace placentero el acto de meditar. Precisamente, introducirnos en el *mundo* de la poesía es hacer presente lo que casi siempre creemos que es imposible pensar y realizar.

¿Cómo entender esto? Aún no lo sabemos plenamente, pero es lo que nos sucede cuando nos encontramos a merced y expuestos a la poesía de una poeta como Adelfa Giovanni Rodríguez, pues la poesía que fluye de esta profunda poeta anida en un universo de sensaciones, en especial las amargas, las del consuelo y las de las esperanzas más fieles, como nos lo sugiere su poemario *Peso de Infierno*.

Adelfa nos hace meditar dubitativamente: más allá de la pregunta sobre lo que es la poesía, ella nos confirma lo ilimitada que es. Todo lo impregna. Y eso, a pesar de que algunas personas rechazan, injustificadamente, el valor de la poesía. Sin embargo, la necesidad de hacer, escuchar y pensar poéticamente está en todos. Estas reflexiones me las ha motivado el encuentro con Adelfa, a la espera de que nos revele algunos sonidos de su voz poética.

Cuando se hace el “análisis” o la “explicación” de alguna obra, especialmente cuando ésta es poética, no podemos prescindir de nuestras valoraciones, incluso las más personales, de modo que es posible que algunas de mis apreciaciones puedan ponerse en “tela de juicio” (como ella misma dice).

Propongo mi modo de acercarme a lo que Adelfa piensa que es la poesía como *totalidad*, como *diafragma anterior*, a través del cual todo se visualiza. Me valgo de esta imagen del *diafragma*, tan propia de Adelfa, para entender su proceso creador. Me parece éste el principal elemento para reflexionar (no disecar), sobre su obra.

El *diafragma* actúa como un puente entre su teoría y su práctica creadora, es decir, entre su pensamiento y su obra, o también, pudiéramos decir, entre su razón de ser y la palabra que la plasma: ella aguanta todo el peso macizo de lo que abarca su experiencia (percepciones, imágenes, recuerdos, memorias, sensaciones, conocimientos, ideas y pensamientos), transcrita por el arte que profesa Adelfa de una manera tan total y verdadero. Entonces, conozcamos algo de su pensamiento.

Primero, antes de iniciar nuestra diálogo, me encuentro con su personalidad. Me recibe muy afablemente, atendiendo muy cuidadosamente a mis intereses escolares. En el transcurso del diálogo nos dimos cuenta de lo difícil que es someter a interrogatorio a una poeta. Interrogar sobre una de las vivencias más entrañables del ser poeta: la poesía sentida como parte del *ser en sí*. Pero esta dificultad se resuelve por el gusto y el vivo interés que tiene Adelfa por el tema, innecesario es que lo diga.

La poeta se forma en su ciudad (Maracaibo), y desde sus inicios estuvo bajo la celosa mirada de sus maestras. Esta suerte, o mejor dicho, este destino la marcará para el resto de su formación literaria. Desde muy niña aprende el oficio de la escritura y posteriormente, al consolidar su aprendizaje, la asume como medio de “*transmisión del pensamiento*”, me dice. Un pensamiento poético “*plenipotenciariamente oral*” del hecho de la escritura, porque “*así fue como me enseñaron mis maestras*”.

Aunque este detalle biográfico de su formación nos parece importantísimo, no es necesariamente la clave. Lo esencial lo encontramos en su reacción personal cuando es expuesta a semejantes ideas. Al narrarme el origen de su formación poética, me hace ver con más claridad y coherencia (después de muchas vivencias y maduración de ideas), el sentido que le da a su vida: *vivir con la poesía*.

Como decía, apenas me encuentro con Adelfa, habiéndole *descubierto* mi propósito, sin vacilar me arranca de mi mundo al suyo, y me arremolina en torno a su vitalidad. Voy descubriendo el pensamiento que luego tomará *forma* en la palabra poética: lo abstracto y su inconformidad terminológica, la imagen y el lenguaje, la crisis de la palabra como significante potencial y claro significado. Trato de retener, comprender y reproducir, ahora bajo mi perspectiva, lo dicho por Adelfa, para luego trans-escribir esta breve entrevista.

Percibo en sus explicaciones la crisis de analogía entre el pensamiento y la realidad: no siempre se puede expresar adecuadamente lo que los individuos piensan, por causa de los usos y límites del lenguaje para representar lo pensado, con lo cual la realidad se hace ambigua para el entendimiento. He aquí una dificultad que se nos da a todos, y parece que mucho más a los poetas: superar esta relación tan problemática entre el lenguaje y su significación. Esto puede, también, contribuir a la incomprensión que gravita sobre los poetas, aunque no de manera exclusiva. No es nada nuevo decir que los poetas son mal comprendidos y, por supuesto, mal leídos.

No puedo ser indiferente ante esta problemática, porque en este diálogo con Adelfa veo que ella toma posición al respecto. Tiene que haber una disposición para entender la realidad: ¿cuál debe ser? -pregunto. La del *oficio de escritor*, responde. A través de éste el poeta logra la realización de lo subjetivo-particular, es decir, que su vida pueda ser proyectada de alguna manera en este mundo, siendo que la poesía no es mera inspiración.

El poeta tiene que aprender y saber *escuchar* su voz, dándole la *forma* debida. Al practicar su oficio nos muestra la incesante búsqueda de sentidos que éste requiere. Adelfa ha aprendido a conciliar la palabra con la realidad a través de su arte de escritora de poesía, casi diríamos de *traductora* de su vida real a términos poéticos, sin renuncias. Hace poesía desde su realidad y la de los otros, ella se nos presenta y nosotros nos vemos *representados* en su poesía, sin perder nuestras respectivas individualidades.

Todos debemos desarrollar nuestro oficio y al final -como me dijo Adelfa- “*formaremos la perfecta torta del universo cuando queramos unimos*”. Debemos evitar el problema de terminar dominados por el oficio, regirlo mal, pues con ello desvirtuamos la *forma* y el *ser* del oficio de *escritor*. Adelfa me lo ejemplifica diciéndome que “*un orfebre no puede escribir poesía porque se le haría esto muy difícil*” y descubro que es verdad, porque si hay poesía en el oficio del orfebre ésta se representa de otra *forma*, con *otra* escritura. Entonces, para el poeta la verdad real de su poesía está en su lenguaje, en la palabra como transmisora del pensar, así como la verdad de la realidad del orfebre está en el lenguaje con el cual modela sus metales.

Podemos, pues, considerar el *oficio de hacer...* como una necesidad universal, omnipresente, de la cual cada uno forma parte a su manera, reflejando los “*segmentos de verdad que poseemos de aquel macrocosmos o universo*”, según los comentarios de Adelfa.

Ahora bien, resumiendo mis meditaciones, me encuentro identificado con tres características que quizás puedan definir su poesía: la primera, *estar* siempre en una toma de conciencia expectante desde el mundo poético, creando las palabras con las que lo imaginamos o entendemos; la segunda, ubicarnos en la *verdad* del oficio de escritor de cada poeta, para alcanzar el sentido más íntimo y propio de nuestro universo personal, total y diferente; y, la tercera, es la *contemplación* como la posibilidad de *escuchar* y *percibir* la genuina voz subjetiva y sensible de nuestro ser. Esta *contemplación* es el enfoque vital para la poesía, porque ella es la razón de ser y de existir del poeta.

Voy a ampliar mi punto de vista. La contemplación es un momento de ensimismamiento *sensible*, dejarse caer, libre, sin gravedad alguna, permitiendo que sólo el peso de la atmósfera poética, condensada por la frescura de una madrugada húmeda, sea la creadora de su propia existencia. Esa existencia sensible que le da origen a la poesía es la contemplación, porque en este particular movimiento de nuestro ser las palabras con las que se nombra, con las que se dice algo, nos hablan del *goce*, del *placer*, de un éxtasis sensible, vivencia típica del arte. Esta y otras reflexiones me sugieren escuchar y leer a esta poeta.

La relación entre poeta y poesía va más allá, entonces, del oficio, aunque no debemos negar la necesidad que tenemos de él. Adelfa nos dice, precisamente, que “*no nos remontemos a nombrar las cosas, o tratar de clasificarlas tan mesurada y “científicamente”*. Dejemos que las cosas se nombren a sí mismas”. Esto es para mí la contemplación, el éxtasis sensible de esta posibilidad que nos hace sentir el hecho poético. Estoy pensando en la palabra *posibilidad* en su connotación más amplia, queriéndole dar una significación más especial: *camino, opción, destino, libertad de escogencia*. Acepto esto de dejar que las cosas se auto-nombren, porque para mí es en el lector donde el máximo poder de *contemplación* de la poesía se hace realidad, porque es en su universo interior donde, en *nombre de la escritura*, la poesía se recrea. La poesía es, entonces, contemplación, pero también es *transcendencia*: llegar al otro. En Adelfa -en mí y es posible que en un *nosotros*- descubro todo esto. Hay en ella la concepción de un universo posible que pertenece a todos y que todos podemos compartir, a partir del oficio y a través de la contemplación de los poetas.

A raíz de esta contemplación, de su proceso, de su fenómeno y de su realidad, vemos a la poeta recibir con los brazos abiertos al mundo. Sólo así se le da sentido simbólico a lo humano. Contemplación es aquí también, la magnanimidad, majestuosidad y divinidad de la sensibilidad del poeta para hacer la poesía. La poesía es *magna* porque abarca el todo o universo abstracto, pero también desciende a las cosas más sencillas, como decía Aquíles Naoa. Es *majestuosa*, porque su movimiento es virtuoso en sí mismo. La conciencia que nos lleva a la poesía no es un mero acto interno de dictado, es la perennidad cambiante del ser que se realiza por la acción individual. Y es *divina*, porque es un tremendo acto de creación metafórica donde encontramos lo buscado. Como lo dice Adelfa, siguiendo a Huidrobo: “*nosotros los poetas somos seres divinos, encantados*”. En el mejor sentido el poeta es una gran divinidad, gracias a la manifestación de la poesía como arte.

El poeta es como una gran esponja, hace una absorción de las cosas que entiende a través de su modo de ver y hablar. Ahora bien, su gran “tarea” está en hacer una síntesis

simbólica de esas cosas que quiere transmitir, o sea, que la poesía es poesía sólo cuando comunica poéticamente, sin dejar de ser lo que es. La realidad –para Adelfa– terminará “encapsulada” por el poeta, sin que pierda su libertad. El proceso de “encapsular” el Todo como conocimiento, hace del poeta un sabio. Adelfa nos da su opinión de la siguiente manera: “ *Los que tienen que escribir grandes tratados no son tan sabios, pero sí yo en una cápsula te puedo transmitir todo el conocimiento, entonces, yo soy más sabia que todo el conocimiento que te pueda transmitir una enciclopedia completa sobre una sola cosa. Somos sabios*”. Y en esto también estoy de acuerdo con ella. Esta es la herramienta principal de Adelfa para concebir, estar y funcionar en el mundo, dentro de él, y que es, en general, su fuente de contemplación e inspiración, que le da sentido a lo que es el propósito vital de la existencia: la vida.

La poesía lo es todo, no puede ser menos. Sin embargo a esta manera de concebir el mundo se la ha calificado de inútil. Es decir, ¿para qué sirve pensar la vida de esta manera, qué función específica desempeña la poesía en la comprensión de los seres humanos? Es infundada la opinión de quienes piensan que la poesía es completamente inútil, vacilante, absurda y burda, y que no hay espacio para ella. Evidentemente esto no es así, porque quizás su comprensión “abstracta y simbólica del ser y del mundo” es lo que hace que se llene el vacío existencial que ha caracterizado a un mundo como el que hasta ahora hemos conocido. Si se quiere encontrar un sentido utilitario a la poesía –que obviamente no lo tiene– estaría en aceptar que la poesía llena muy bien ese vacío. Entonces la poesía no es nada, sino que lo es Todo, porque nos hace sentir el ser, vivir el *estar* en el mundo. De modo que la poesía es la voz del ser infinito, siempre presente en todos nosotros. La obra de Adelfa nos convence de que “*es mejor pensar que lo que más falta hace en este mundo es la poesía*”, y debemos luchar porque sea así.

Un último aspecto que nos interesa destacar de Adelfa es su imagen del *diafragma*. Hemos visto que la compleja filosofía existencialista se adecua muy bien a su *forma* de hacer poesía, desde una escritura donde el valor metafórico y simbólico conjuga lo sensible y lo real. Adelfa canaliza su conocer y su saber a través de este *diafragma* individual que el destino le ha otorgado.

Para comprender esto partamos de la autocrítica que hace Adelfa (en nuestra conversación) de sus dos poemarios hasta ahora publicados. En su poemario *Tatuaje de Polvo*, aún no tiene una visión tan clara y aguda de las imágenes que divisa a través del *diafragma*. Aquí, aunque el *diafragma* de la percepción apenas divisa las penumbras de la realidad, eso no significa que la realidad no esté allí, lo que sucede es que la visión aún no es tan aguda. ¿Cómo trato de entender esta obra? Mi única posibilidad es regresar a mi rol de lector. Así, en *Tatuaje de Polvo* encuentro que sus poemas los ha diseñado a partir de una especie de continuas descripciones, y sin que la autora pierda originalidad en el tratamiento de los temas, pienso que el efecto retórico es lo que le da valor a la estructura formal del poema, poniendo en evidencia un cierto modelo estilístico producido por la técnica utilizada. Sin embargo, esta no es mi principal opinión de *Tatuaje de Polvo*, pues al aplicar su imagen del *diafragma*, encuentro que los poemas son descripciones de una ciudad o realidad histórica cambiante, dirigidos en su mayoría a sus amigos y conocidos, pero principalmente al enigma de lo humano. Está presente el tema de lo vital por todas partes, descripciones fluidas como aromas ascendentes de la naturaleza del hombre dentro de contextos sin procedencia, como también dentro de situaciones particulares de la ciudad. La línea general de la temática se nos aclara: es el tratamiento poético del hombre y su tendencia natural hacia las cosas, sentimientos, sentidos, percepciones que lo rodean.

Todo entrelazado por una concepción espiritual y divinizadora de las cosas, tanto en lo decadente como en lo armonioso.

Sobre *Peso de Infierno*, su segunda publicación -dice Adelfa- "*es un poemario mucho más agudo*". Abarca una visión aclarada y simplificada (encapsulada) de sus experiencias, donde ha habido añejamiento de sus pensamientos y sentimientos, utilizando el tiempo como el lugar intemporal donde se juzgan las experiencias. Otra vez el tema es el hombre, pero se centra en quien por experiencia conoce mejor y más a fondo: ella misma. Creo que sin egoísmos ni heroísmo estético, Adelfa registra a fondo sus bolsillos para tratar de plasmar con una original autenticidad su preocupación estética y la preocupación de su condición humana. La estructura formal del poemario es mucho más rica, pues nos muestra que se nutre de todo: de lo estable, del momento en su instante, etc. Cada idea tiene su propia imagen, figuraciones que a través del *diafragma* se hacen muy definibles, y esta vez más claras en detalles. No hay repeticiones como en *Tatuaje de Polvo*.

En un lenguaje muy suyo, nos remite a las imágenes más antiguas de su pensamiento. Aunque las imágenes carecen de fecha específica, son antiguas por el sabor mítico y místico que nos proporcionan. Posee este poemario metáforas y descripciones excepcionalmente hermosas que dilatan nuestra sensibilidad de lector, apasionándonos en una lectura nerviosa de semejantes cantares líricos. Se deslindan las amargas desolaciones del Ser, que causan un sol artificial en nuestras vidas. Destapa la ira o la incompreensión sobre un mundo incomprensible por nuestra propia causa. Entonces, parece que la solución es optar por el aislamiento, la ignorancia y el desentendimiento del mundo que nos rodea, para enclaustrarnos en el monasterio de nuestro mundo interno, individual.

Adelfa nos muestra con mucha claridad (*diafragma*) la "naturaleza" de su pensamiento, su oficio de poetizar, por qué la poesía se hace a sí misma, y nos convence de que lo es Todo y universal, en este dulce *diálogo* que quizás alivia o mortifica la interioridad de su ser. Su lenguaje está más acá de lo que los nombres nombran, haciéndonos sentir, escuchar hasta el silencio que nos rodea. Adelfa es, pues, sacerdotisa de la palabra, y está aquí con las solidarias voces desvestidas que salen de su escritura poética. He quedado atrapado en un *diálogo* sobre el ser del Ser, y en la circunstancia difícil, a veces incomprensible, de no saber quién soy yo en esta ciudad.